

La noche era bella, clara, poética. La brisa del cercano mar, acariciaba suave las gallardas palmeras y los altos manglares, que forman poético bosque, en los alrededores de Zacatula.

En aquella soledad, en aquel oasis misterioso, se detuvo el genio más culminante de la independencia de Nueva España, el hombre que con admirable sangre fría, contrarrestó durante largo tiempo, el poder español.

Veámosle en Zacatula; su rostro nos revelará la clara inteligencia del soldado, la serenidad enérgica del héroe que domina y subyuga á la vez, por su bizarría y entusiasmo.

En su complexión sana y robusta, en su mirada penetrante y observadora, se adivina la fuerza y el valor.

Su estatura era mediana; sus ojos vivos y revelando superior fuerza de voluntad; generalmente cubría su traje con blanco alquicel á semejanza de temido jefe árabe, y su cabeza con un sombrero de Guayaquil, debajo del cual se anudaba un pañuelo de seda blanco, cuyas puntas flotaban sobre los hombros.

El capitán de milicias Marcos Martínez, de guarnición en Zacatula, sus soldados y oficiales, vacilaban, temían declararse por la revolución; pero les habló, les exhortó en nombre de la patria y del deber, les pintó con elocuentes frases la noble causa que esperaba su auxilio, y avasallados por aquel hombre insigne, juraron compartir con él la gloria ó la muerte. Al grito de ¡Viva la Independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos! se inició en el modesto y antes inofensivo pueblo, la célebre campaña del Sur, cuyo centro de operaciones, fué el «Veladero» y el «Paso á la Eternidad.»

El sér extraordinario, la gran figura en las luchas de la independencia mejicana, pertenecía también al clero como don Miguel Hidalgo y Costilla. Era por aquellos años de 1810, cura y juez eclesiástico de Caracuaró y Nucupétaro, en donde edificó una iglesia, y como en su vida íntima, tenía cortas aspiraciones, reunió alguna cantidad, y con ella compró una casa en Valladolid, su ciudad natal.

Don José María Morelos y Pavón, había nacido el 30 de Septiembre de 1765. Su padre don Manuel Morelos ejercía el oficio de carpintero, y murió dejando muy niño al futuro y

valiente republicano, y como su madre doña Juana Pavón, carecía de recursos para costearle la carrera eclesiástica, lo puso bajo el amparo de don Felipe Morelos, y en su casa vivió como atajador, en una recua hasta que pudo entrar en el colegio.

Después de recibir las sagradas órdenes, desempeñó los curatos de Churumucos y Huacana, pasando más tarde á Caracuaró.

El grito de Dolores, le hizo estremecer de júbilo, de entusiasmo, y sin vacilar, corrió en busca de Hidalgo, y aceptados sus servicios, levantó en pocos días un ejército formado con aquellos que en cada villa y en cada pueblecito, por donde iba pasando se adherían á la causa de la libertad.

Tecpan, guardado por milicias al mando del capitán realista don Juan Antonio de la Fuente, fué ocupado por Morelos, sin combate, porque sabiendo se acercaba, unos huyeron y otros se presentaron á engrosar las filas de los libres.

El genio militar del caudillo del Sur, despertaba confianza y entusiasta admiración, y nosotros mismos hemos considerado siempre á Morelos, como el primero de los guerreros mejicanos en la primera época de emancipación.

Tres hombres célebres más tarde por su arrojo y lealtad, se unieron en Tecpan á los independientes: los señores Pablo Ternieu, Juan (1) y Hermenegildo Galeana; al último citado le llamaba Morelos su brazo derecho.

Contaba ya tres mil hombres aquel ejército improvisado en tan corto tiempo, cuando le pasó revista en Coyuca. De allí siguieron su marcha para el «Veladero», ocupado ya por setecientos hombres al mando de Cortés y Vaidovinos.

El primer encuentro con tropas realistas, enviadas por el gobernador de Acapulco, fué curiosísimo, pues las fuerzas de uno y otro bando, creyéndose vencidas, emprendieron la fuga, hasta que un muchacho de los patriotas, que asustado se había subido á un árbol, observó la huída de los realistas, y

(1) Este regaló á Morelos un cañoncito llamado «El Niño» de mínimo calibre y con el cual hacía salvas en su hacienda.

bajó corriendo para avisar á los suyos; éstos volvieron á tomar posesión del campo abandonado.

La campaña del Sur, la alentada actitud de Morelos y la superioridad de su carácter, llamaron la atención del virrey Venegas, y dispuso que numerosas fuerzas de la milicia, al mando del capitán don Francisco Páris, marcharan á batirlo.

El 1.º de Diciembre de 1810, fué la primera acción con los independientes, en el Arroyo Moledor; la suerte favoreció á los realistas y sus bien organizadas tropas, reforzadas con otra división á las órdenes de Pareja, alcanzaron mayores resultados el 9 y 10, pero el 13, después de diecisiete horas de lucha, el laurel del triunfo fué de los independientes, retirándose los realistas al punto llamado «Tres Palos.»

Morelos era arriesgado, tenaz, y reunía á la pericia y al valor, frío cálculo, tranquila reflexión y sagacidad suma; la buena suerte de la última acción le sugirió un audaz propósito.

La oscuridad de la noche, favoreció su intento. La sorpresa que meditaba debía efectuarse entre sombras y misterios.

El coronel don Julián Avila, con seiscientos infantes, marchó por orden de Morelos á «Tres Palos,» cuartel general del enemigo, y empeñó la acción cayendo como un rayo sobre las tropas de Páris el 4 de Enero de 1811. ¡Viva Morelos! ¡Mueran los tiranos! gritaban los soldados patriotas al empeñarse la lucha.

Y aquel ejército que contaba dos meses de existencia, cargó, atropelló y se batió denodadamente. Cuatro horas después, era dueño de seiscientos nuevo fusiles, de cinco cañones, un obús, cincuenta y dos cajones de parque, ochenta y tres acémilas con víveres, y diecinueve con pertrechos de guerra y numerario.

Páris y Pareja se retiraron hasta Ormetepec, en donde reunieron sus dispersas fuerzas para reorganizarlas y probar de nuevo la suerte que se empeñaba en proteger al poco antes oscuro sacerdote y ya general victorioso y temido.

El caudillo que en Dolores, había levantado el grito de independencia, expresó en las instrucciones dadas á Morelos, que éste debía apoderarse de Acapulco, y el principal móvil del jefe patriota al situarse en el «Veladero,» fué cumplir con aquel importante designio; para conseguirlo pensó en tomar

el castillo de San Diego, llave de la ciudad y del puerto. Un artillero llamado Pepé Gago, se puso en contacto con los independientes y ofreció entregar la fortaleza; la señal convenida era una luz sobre uno de los merlones que dan al grifo. Morelos abandonó la sabana el día 8 de Febrero, y se situó en las Higueras.

El silencio era profundo; aun brillaban las estrellas y las sombras de la noche cubrían cerros, ciudad, bahía y fortaleza. En el oscuro conjunto, á corta distancia del castillo, brillaba una luz en el centro de un grupo de soldados patriotas que la defendían del viento.

Nadie contestó á la señal mandada hacer por Morelos.

Este sin embargo, avanzó con alguna tropa; al llegar á la puerta del castillo, los soldados se detuvieron, sorprendiéndose del silencio que reinaba, temiendo una traición. Sintieron pasos que cautelosamente se acercaban á la puerta. Una voz preguntó por la cerradura, si Morelos se encontraba allí.

El jefe hizo contestar que no.

De repentin tronó la artillería sostenida por la escuadra, y los soldados, sobrecogidos por el terror del inesperado y terrible fuego del castillo, intentaron huir.

La voz de Morelos, dominaba el tumulto de voces y el ruido del cañón.

Desesperado y colérico ante la inutilidad de sus esfuerzos para contener á los soldados, tuvo un sublime heroico rasgo, propio de su carácter y de su temerario valor.

«Cobardes—exclamó,—yo les pondré un puente para que pasen,» y adelantándose á los prófugos hasta el sitio llamado de los Dragos, se arrojó al suelo para cortar la fuga.

Los soldados confusos y avergonzados, levantaron al bizarro general, y le rodearon con ternura y cariño.

Había logrado ser para su ejército un profeta venerado y querido. Su superior firmeza y sangre fría, avasallaban á los patriotas, y su confianza en él, era ilimitada. El general español Calleja, escribía en una ocasión al virrey Venegas: «Este clérigo es un segundo Mahoma.»

En aquella funesta madrugada, el capitán Alvarez, que mandó la columna destinada á posesionarse del castillo de San

Diego, salió herido de un balazo que le atravesó ambas piernas: un soldado le condujo en hombros al campamento.

Los jefes españoles, Casio primero y Fuentes después, enviados por el virrey, fueron derrotados sucesivamente el 4 de Abril y el 30 del mismo mes.

El 1.º de Mayo, viendo Morelos, que por entonces sería difícil conseguir el apoderarse del castillo de San Diego y de la ciudad de Acapulco, reunió en junta á los principales jefes, entre los que se encontraban los intrépidos Galeana, don Leonardo y don Miguel Bravo, el padre don José Antonio Talavera, el capitán Vicente Guerrero, uno de los hombres que adquirió después renombre inmortal, don Nicolás Bravo, patriota eminentísimo, don Juan Alvarez ya mejorado de su herida, y otros muchos que con el ejemplo de Morelos, lograron después distinguirse por su patriotismo y por sus servicios á la nación.

El caudillo, acababa de recibir la triste noticia de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros; pero en vez de causarle desaliento, le prestó nuevo brío.

Con elocuentes palabras, describió á grandes rasgos, las victorias alcanzadas; el estado de disciplina y buen orden en que se encontraba el ejército; las ventajas que habían conseguido, posesionándose de toda la costa Sur, y lo necesario que creía, llevar las huestes á diferentes puntos y hasta el corazón del país, á la capital, para completar la independencia.

Al día siguiente 3 de Mayo de 1811, salió la columna del regimiento de Guadalupe, al mando de don Hermenegildo Galeana; la descubierta llevaba al frente á un joven como de veintiocho años, gallardo, airoso, de nariz aguileña, cabellos y ojos negros, el color de su cutis acusaba origen indígena, y en su rostro se leían el valor y fuerza de voluntad.

Era don Vicente Guerrero.

Entre un gran grupo de oficiales destacábase Morelos; su semblante animado y la expresión de sus ojos vivos y penetrantes, reflejaban la resolución y la confianza en su empresa.

El 24 de Mayo, después de haber tenido las tropas independientes algunos encuentros con los realistas, en los cuales éstos fueron vencidos, ocupó el victorioso Morelos á Chilpancingo, sin resistencia, y continuó su marcha hasta Tixtla, defendida



Don Ignacio Rayón

DON IGNACIO LOPEZ RAYON
GENERAL Y PRESIDENTE DE LA JUNTA SUPREMA INDEPENDIENTE DE
ZITÁCUARO EN 1811

á la sazón por los comandantes españoles Cosío y Guevara.

El 12 de Agosto de 1811, se encontraba Morelos delante de aquella ciudad, perfectamente fortificada; las tropas realistas y republicanas, ansiaban el combate, y el movimiento era general para romper el fuego.

La acción se empeñó; espesas columnas de humo envolvían ciudad y campiña, y se elevaban hasta el firmamento; sitiados y sitiadores, se batían con encarnizada bizarría; los ayes de los moribundos, los gritos de agonía, las voces de mando, se mezclaban con el continuado tronar de la artillería.

Morelos, estaba en todas partes; impávido, previsor, resuelto é invulnerable, para la lluvia de balas que caía en torno suyo.

Su valor y serenidad, electrizaban á las tropas y á su lado se creían invencibles.

Los realistas no cejaban, pero á pesar de su esfuerzo, éste decayó cuando vieron que el fuego cundía en la población.

El inspirado poeta mejicano Guillermo Prieto, cuenta un episodio curioso de esa jornada: le damos la palabra al venerable escritor.

«Aunque el esfuerzo no minoraba en las tropas insurgentes, se comenzó á notar la escasez de parque, que se hizo más sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias, empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga. Se distinguía allí por su arrojo temerario, un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima. El muchacho alegre é insolente, todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento y placer.

»De repente desaparece de entre sus compañeros; deslízase arrastrando como una serpiente, baja á la cureña contraria, y al ir á dar fuego el artillero, disparóle un tiro, apoderóse del cañón, llevando en una mano un saco de pólvora, y lleno de gozo, les grita á sus amigos: «Ya tenemos parque.»

En medio del trastorno causado por el incendio, huyeron los realistas y el triunfante general, tomó posesión de la ciudad, y con ella doscientos fusiles, ocho cañones y gran número de prisioneros.

Guarnecida la nueva presa con ciento cuatro soldados, al mando de Galeana, y tomadas algunas precauciones para la

defensa de Tixtla, pasó Morelos á Chilpancingo; pero sabedor de que Fuentes se adelantaba á recuperar lo perdido, vuela en auxilio de Galeana, sorprende al jefe, y cuando éste creía fácil apoderarse de la ciudad, se ve envuelto entre el fuego de ésta y el de retaguardia, que Morelos, dirigía desde una colina A la vista de aquel general, alentáronse aún más los de la ciudad; saltan las trincheras; los españoles quisieron morir batiéndose, pero ni aun esta suprema gloria pudieron obtener; fueron dispersos, perseguidos, muertos ó prisioneros.

En aquella gloriosa batalla, cayó en poder de Morelos, José Gago, el traidor del castillo de San Diego, y pagó con su vida la de tantos valientes, muertos en las puertas de la fortaleza. Con motivo de aquel nuevo triunfo, decía Morelos:

«Hasta esta fecha 16 de Agosto de 1811, he tenido veintisiete batallas, veintidós ganadas completamente; en cuatro, hice una retirada honrosa.»

Tan elevadas condiciones para el mando, inspiraron al historiador Mora, el siguiente párrafo:

«Su primer principio fué no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose á relevar á las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendente y subdelegado; pero la administración de Justicia y la de Hacienda, continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los comandantes arrogasen una y otra como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes, que no estaban bajo sus órdenes. Tampoco se permitió á los jefes militares imponer contribución, ni molestar á los habitantes, con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes y que habían hecho odiosa la insurrección.»

Su ejército estaba ya equipado y no admitía aglomeración de hombres, que no pudieran estar armados. Había formado regimientos, y para seguir batiéndose, los dividió en tres cuerpos: el primero marchó hacia Oaxaca, mandado por don Miguel Bravo; el segundo salió para posesionarse de Tasco, dirigido por Galeana, y el tercero con Morelos al frente, marchó á Chautla de la Sal, defendida por el comandante voluntario Musita, quien tenía cuatro cañones, uno de ellos llamado «Mata Morelos.»

El general patriota, alcanzó una vez más la victoria, toman-

do prisionero al jefe español, con doscientos soldados, parque, armas y cañones.

Izacar, y otros puntos, fueron ocupados por el afortunado general, y Tenancingo, lo vió á sus puertas el día 22 de Enero de 1812. Hallábase enfermo y dirigió el combate sentado sobre una caja de guerra; de allí, volvió á Tierra Caliente, y el 9 de Febrero, estableció el cuartel general en Cuautla de Amilpás, con más de tres mil hombres.

El pueblo era pequeño, tendido en un llano y abierto por todos lados; en las cercanías se encontraba la hacienda de Buena Vista.

Las fortificaciones eran débiles como improvisadas, siendo por esto mismo más grandiosa la resistencia de Morelos, sitiado por el general Calleja.

El indomable patriota, contaba con leales y atrevidos auxiliares, entre éstos, el cura Matamoros y el esforzado Galeana.

Un día queriendo Morelos, juzgar por sí mismo de las fuerzas enemigas, determinó hacer un reconocimiento: el bravo Galeana lo desaprobaba, pareciéndole no era prudente que el general, se expusiera sólo con la escolta, y llegara hasta cerca del campamento contrario.

«Déjeme usted, Galeana: sólo voy al Calvario á reconocer con mi antejo al enemigo.» (1)

Y, montando á caballo se alejó.

Cortos momentos habían pasado, cuando tronó la artillería emboscada por el general Calleja.

El grito dado por los vigías de «nos cogen al general,» aterró á los patriotas, que volaron en su auxilio; sus soldados que lo adoraban y se creían invencibles por él, resolvieron morir ó salvarle.

Morelos, en aquel instante supremo, se batía con crecido número de enemigos y con indescriptible arrojo: una granizada de balas, dispersó su escolta, y pocos, pero muy pocos, quedaban á su lado.

«Muchachos—exclama,—no corráis, que las balas no se ven por la espalda.»

Los realistas cercaban su presa, la creían segura.

(1) Bustamante: Cuadros históricos.

De repente Galeana, aparece en medio de ellos: derriba, dispersa, mata y hace huir á los que cercaban al heróico Morelos; se había salvado. Cuando regresaron al cuartel general, los soldados lloraban de alegría; milagrosamente habían recobrado á su general.

El combate del 9 fué terrible y sangriento: por tres veces fueron rechazadas las tropas de Calleja, dejando en el campo numerosos muertos, armas y prisioneros.

Sitiados y sitiadores, tenían igual tesón y bizarría, pero viendo Morelos, que era imposible resistir más, evacuó Cuautla, en la noche del 2 de Mayo y rompió la línea enemiga, dejando la artillería y enfermos: el infatigable Galeana, mandaba la vanguardia, Morelos el centro y el capitán Anzures, la retaguardia.

Un soldado realista gritó: «¿quién vive?» y aun cuando el infeliz pagó con su vida, fué la señal de alarma; los patriotas se vieron envueltos en una tempestad de balas, batiéndose y con serenidad imperturbable, efectuaron la gloriosa retirada, digno epílogo de aquel episodio brillante.

En Tehuacán, hizo reclutamientos, regularizó el ejército y le instruyó, secundado hábilmente por el cura Matamoros y don Nicolás Bravo, quien en San Agustín del Palmar, tomó un convoy conducido por don Juan Labaqui: el jefe realista fué muerto en la pelea y su espada presentada por Bravo á Morelos. Osorno, había tomado Pachuca y cuantioso botín, y Morelos, que había salido de Tehuacán, para recibir la parte que le correspondía, atacó al regresar á un convoy, pero fué batido por los realistas en Ojo de Agua, y volvió con los dispersos á su cuartel general.

El 29 de Octubre de 1812, se apoderó de Orizaba, aun cuando se defendieron como buenos, el jefe Andrade y sus soldados.

El 7 Febrero de 1813, salió Morelos, de Oaxaca, y el 26 de Marzo, llegaba á su famoso campamento «Paso á la Eternidad,» decidido á poner sitio á Acapulco, hasta tomar la ciudad, la que, en 12 de Abril, cayó en su poder, pero no así la fortaleza, que se resistió durante cinco meses y capituló, cuando los sitiados vieron que era inútil la resistencia, porque due-

ño Galeana de la isla Roqueta, tenían cortados los víveres y la comunicación.

La Junta de Zitácuaro, aun cuando por aquel tiempo había hecho grandes servicios á la causa de la libertad, no tenía, sin embargo, la cordura y sensatez necesarias para dominar en interés de la patria, las mezquinas, pero enconadas rencillas que se agitaban en su seno, por lo que, Morelos, convocó el primer Congreso mejicano, que debía reunirse en Chilpancingo, y en el cual tomaban parte los miembros de la Junta de Zitácuaro.

El Congreso, reconoció en 15 de Septiembre á Morelos, como el primer jefe del ejército y depositario del Poder Ejecutivo: al aceptar, significó que si llegaban tropas extranjeras, no se habían de acercar al lugar residencia del Congreso. Que en caso de su fallecimiento había de tener el mando el jefe de mayor graduación, sin romper la unidad del ejército ni del Gobierno: que el Congreso no le había de negar recursos y auxilios, sin exceptuar á clase alguna del servicio militar.

Prestó el juramento de defender la religión, la pureza de María Santísima, los derechos de la nación mejicana y desempeñar lo mejor que pudiera el cargo que se le confería.

Creyendo conveniente establecer en Valladolid el asiento del Congreso, marchó contra aquella ciudad, y con cinco mil hombres, treinta cañones, municiones y pertrechos de guerra, se presentó en las lomas de Santa María, intimando la rendición y pasado el término de tres horas, intentó tomar un fortín cerca de la Garita del Zapote; pero reforzados los realistas, tuvieron que abandonarlo los republicanos.

Una estratagema dió el triunfo á los sitiados.

En la noche del 24, salió Iturbide de la plaza con ciento noventa hombres de caballería y otros tantos de infantería á la grupa de los caballos, y penetrando en el campo insurgente, logró que se batieran los patriotas entre sí, sembrando terrible confusión, y que se dispersaran sin atender á la voz de los jefes.

Las pérdidas fueron tan grandes, que no sólo quedaron en el campo materiales de guerra, dinero, pertrechos, reunidos en tantas victorias, sino que hasta la fe, el entusiasmo y la

confianza, quedaron sepultados en Puruarán, lugar en donde Morelos esperó á las tropas vencedoras que le perseguían para hacerles frente con los restos de sus tropas; pero allí se completó el desastre: todo cayó en manos de los realistas, y desbandado el resto del ejército y preso Matamoros, siguió Morelos por la hacienda de Santa Lucía.

Todos los dolores le abrumaban á un tiempo; el Congreso, huía de Chilpancingo, y Matamoros era fusilado en Valladolid, por más que el héroe en cien combates, propusiera un cange al virrey para salvarlo.

En 24 de Febrero de 1814, salió Morelos, con sesenta hombres, y trescientos desarmados, para escoltar y defender al Congreso: en el rancho de las Animas, le sorprendió el enemigo: archivos, equipajes, todo se perdió, y con dificultad logró salvarse y llegar hasta Acapulco.

La fortuna abandonaba al que por tan largo tiempo fué su predilecto.

Desde el pie de la Cuesta ordenó á Montes de Oca incendiar la ciudad, y perseguido de nuevo, se retiró á Tecpán: infatigables los realistas, destacaron ochenta infantes y cincuenta caballos para prenderlo; pero el heróico patriota, intentó rehacerse en Alijo, Estado de Michoacán y se fortificó empezando á reclutar gente y á organizar el ejército con animosa perseverancia. Allí estableció una maestranza, y poco después, con trescientos hombres, se unió al Congreso, con generosa abnegación y olvidando que le habían destituido del mando civil cuando huía vencido, concediéndole únicamente el militar.

En Junio, tuvo noticia de la muerte de don Hermenegildo Galeana, y con profunda tristeza exclamó: «Acabaron mis dos brazos; ya no soy nada.»

Galeana, el intrépido patriota, había muerto trágicamente en la batalla de Coyaca, cuando se batía con el valor que tanto prestigio diera á sus hazañas. Su carácter fogoso, su arrojo temerario y su práctica militar, le habían dado el primer puesto al lado de Morelos.

Era un relámpago en la acción; era el huracán; era el rayo, que en Coyaca sembraba la muerte en las filas realistas. En lo más recio del combate, su caballo lo arrojó contra un árbol y cayó desvanecido por el choque.

Le rodearon los enemigos; se cebaron en su cuerpo indefenso, y aun acribillado de heridas, empuñaba la espada y agonizante decía: «¡Viva la Independencia!»

Así murió el héroe, el compañero más fiel de Morelos.

El 22 de Octubre de 1814, se sancionó en Apantzigán el Código constitucional, firmándolo Morelos como diputado que era del nuevo reino de León, y el 24 firmó también el acta de independencia, por ser miembro del Poder Ejecutivo.

Su nuevo cargo le inutilizaba para el mando militar, y sólo en instantes de supremo riesgo, podía ponerse al frente del ejército: ese momento supremo llegó.

Itúrbide, se adelantaba á marchas forzadas para sorprender al Congreso: éste huyó á Puruarán, pero como Tehuacán, presentaba condiciones de mayor seguridad, determinó aquella corporación que Morelos, pusiera en ejecución el difícil proyecto, pues tenían que salvar ciento cincuenta leguas, sin víveres ni medios de transporte, atravesando por lugares ocupados por tropas enemigas.

Morelos, pudo reunir mil hombres, pero sólo quinientos armados con fusiles, entre ellos los soldados que componían la escolta del Congreso, mandada por Lobato.

No contaban más que con dos cañones: los archivos municipales y equipajes, aumentaban la dificultad de aquel largo trayecto.

Nombrada una junta subalterna en la provincia de Valladolid, para que ejerciera todos los poderes, interin duraba la ausencia del Congreso, emprendió éste la aventurada peregrinación, dispuesto á toda clase de privaciones como lo requerían las circunstancias.

Los realistas tuvieron noticia inmediatamente del proyecto y de la marcha de Morelos, y Calleja, tomó sus disposiciones para asegurar la importante presa: Morelos, debía pasar el Mescala, y hacia ese punto se dirigieron gran núcleo de tropas, formando extensa línea, siendo el plan de operaciones tan hábilmente combinado, que era imposible se frustrase: el valeroso jefe independiente, había tomado también precauciones para que en diferentes puntos, le preparasen raciones y no supieran los realistas cuál había de ser el paso para la orilla opuesta; pero el capitán Ortiz de la Peña, dió el

aviso de que los independientes pasarían por el vado de Tenango.

A ese punto se dirigió don Manuel de la Concha á marchas forzadas.

El día 2 de Noviembre, llegó Morelos, pero como no encontró las balsas y el tiempo apremiaba, mandó incendiar el pueblo, y después de fusilar al capitán de los realistas, vadeó el río, y el 3, estaba en Tesimalaca, á seis leguas de Tenango.

La tropa estaba agobiada de cansancio, y Morelos, siempre solícito, la concedió un día de descanso.

El día 4, á las nueve de la mañana, Concha que había acelerado sus movimientos y vadeado el río á las once de la noche anterior, se presentó al frente de la retaguardia de Morelos, que marchaba para un pueblo llamado Coesala.

La vigilancia de Morelos, no se había desmentido un solo instante durante el prolongado viaje, velando por aquellos que se habían puesto en sus manos y proporcionándoles cuanto les era necesario.

Parque, archivos, mujeres y niños, marchaban en carros hacia Tehuacán; los demás caminaban formados, á ración de soldado y acampando al raso.

Aquella mañana, Morelos, al hacer un reconocimiento, se encontró frente á frente con el enemigo.

No vaciló: hizo adelantar á los diputados y bagajes y ocupó con escasas fuerzas la colina para protegerlos hasta el último momento; los realistas lo envolvían por todas partes y el fuego era vivísimo.

Con los cuerpos mandados por don Nicolás Bravo—fiel siempre,—por Lobato y el que estaba bajo sus órdenes, empeñó la acción, batiéndose con temerario valor; pero derrotada el ala derecha, exclamó:

«Todos á escoltar el Congreso: que yo muera, nada importa.»

Gran número de soldados independientes huían. Morelos quedó con pocos, y aun así, defendiéndose sin tregua, sintió vacilar á su caballo; el noble bruto, estaba desgarrado á balazos, y no podía sostenerse más: cayó Morelos, impávido, aun cuando se considerase perdido, dijo: «Pronto se cansó este caballo y anduvo bien poco.»

Las vidas de aquellos que aun quedaban á su lado, preocuparon al héroe; siempre abnegado y siempre sacrificándose por los demás, les ordenó que se salvaran como pudieran.

Intentó quitarse las espuelas: Sin ellas podría huir, y quién sabe si aun ser útil á la buena causa; pero el capitán de realistas Matías Carranco, miserable desertor de las tropas de Morelos, lo alcanzó con su gente: «Señor Carranco, parece que nos conocemos»—dijo irónicamente el caudillo.

En Tenango, fueron á visitar al prisionero los jefes realistas Villasana y Concha. ¿Qué hubiera usted hecho con nosotros—le preguntaron,—en el caso de habernos cogido?

«Darles dos horas para prepararse y fusilarlos después»—contestó fríamente Morelos.

Cargado de grillos, fué conducido á México, escuchando en el trayecto groseros insultos, fanáticas invectivas, siendo objeto aquel hombre tan superior, tan grande por su heroísmo y por su amor á la patria, del escarnio de muchos, de la piedad y de la admiración, de la mayoría.

A los jefes y tropas que hicieron la importante captura, les recompensó el virrey, con largueza y les dió ascensos y honores.

Morelos, preso, degradado por la Inquisición que le acusaba de herejía, de mala conducta, de perturbador de la tranquilidad pública y de haber faltado á Dios y al rey, fué enérgico y sublime hasta el postrer instante de su vida.

Cuenta el venerable escritor mejicano don Guillermo Prieto, que encontrándose Morelos en los calabozos de la Inquisición, hubo un hombre generoso que intentó salvarle; el cirujano Francisco Montes de Oca, llegando hasta ofrecerle sus modestos ahorros.

«Amigo mío—contestó enternecido el preso,—es muy fácil cosa averiguar que usted me ha sacado, pues entra y sale por razón de su destino, en estas cárceles: usted tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.»

Y como insistiera, añadió: «No permita Dios que yo le cause el menor daño: déjeme morir, y en mí terminará todo.»

El tribunal de la Inquisición, le condenó á que asistiera á su auto de fe, vestido de penitente, con sotanilla y vela verde.

Asistió sentado en un banquillo sin respaldo, obligándole

hiciera protesta de fe y que arrodillado recibiese azotes con vara.

Conducido al altar y revestido con los ornamentos sacerdotales, fué después despojado de ellos por el obispo de Oaxaca, sin que se alterase su pasmosa serenidad, ni digna actitud.

Dice Rivera Camba, que únicamente al restregarle las manos, se deslizaron por sus mejillas algunas lágrimas.

El virrey, conforme con el dictamen del auditor, sentenció á Morelos á la pena capital, pero sin aceptar fuese cortada la cabeza ni la mano derecha, pedido por el fiscal.

El 22 de Diciembre de 1815, salió para la villa de Guadalupe, en el coche del coronel don Manuel de la Concha, con el Padre Salazar y un oficial.

De Guadalupe, siguieron para el pueblo de indios, San Cristóbal Ecatepec, sitio designado para la ejecución.

El mártir de la libertad, se encerró con el Padre Salazar, y en aquel solemne instante, imploró al Dios de la justicia y elevó sus preces, hasta la misericordiosa Majestad.

Con rostro sereno, escuchó el redoble que anunciaba su próximo fin.

Se levantó con poderosa fuerza de voluntad, sin que los grillos le hicieran vacilar, y llevando en la mano al Crucificado, se puso en marcha, despojándose antes de su capote y vendándose los ojos.

Pocos momentos después, yacía tendido, bañado en sangre, el leal y decidido patriota, el que dió forma al Gobierno independiente, el que creando ejércitos y hombres, llevó la bandera de victoria en victoria, legando á las edades futuras la página más gloriosa de la Independencia Mejicana, y una de las más grandes y bellas de la historia de América.

La vida del patriarca de la Independencia, Hidalgo y Costilla y del esforzado caudillo Morelos y Pavón, sus hazañas y servicios á la noble causa y el representar el primer Gobierno y el primer Congreso independiente, aun bajo la bandera colonial, son causa de que sus biografías, tengan puesto en la última época de los virreyes, cuando lucieron las alboradas de libertad.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Al que leyere estas páginas	7
Introducción.—Antes de la conquista	9
Cuanhtemoc	31
Descubrimiento de México	43
Hernán Cortés	45
Don Antonio de Mendoza	57
Don Luis de Velasco	63
Don Gastón de Peralta	67
Don Martín Enriquez de Almansa	71
Don Lorenzo Suarez de Mendoza	77
Don Pedro Moya de Contreras	81
Don Alvaro Manrique de Zúñiga	83
Don Luis de Velasco segundo	87
Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo	91
Don Juan de Mendoza y Luna	95
Don Luis de Velasco segundo	99
Fray García Guerra	105
Don Diego Fernández de Córdoba	109
Don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel	113
Don Rodrigo Pacheco y Osorio	119
Don Lope Díez de Armendaris	123
Don Diego López Pacheco	127
Don Juan de Palafox y Mendoza	135
Don García Sarmiento de Sotomayor	139
Don Marcos de Torres y Rueda	147
Don Luis Enriquez de Guzmán	151
Don Francisco Fernández de la Cueva	159
Don Juan de Leyva y de la Cerda	169
Don Diego Osorio de Escobar y Llamas	173
Don Antonio Alvaro Sebastián de Toledo	175
Don Pedro Nuño Colón de Portugal	191
Fray Payo de Rivera Enriquez	195
Don Antonio de la Cerda y Aragón	205
Don Melchor Porto-Carrero Laso de la Vega	211
Don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza	215

